

DE LA COSMOLOGÍA PEIRCEANA A LA EVOLUCIÓN SOCIAL. REFLEXIONES SOBRE EL AGAPISMO Y LOS HÁBITOS SOCIALES EN SENTIDO EVOLUTIVO*

Fecha de entrega 2017 08 26

Fecha de evaluación 2017 09 21

Fecha de aprobación 2017 10 20

*Anyerson Stiths Gómez Tabares***

Resumen

Uno de los problemas más importantes y controvertidos en la filosofía evolutiva de Peirce ha sido el estudio de los principios sobre los cuales se da la evolución en la vida y el universo (cosmos). La doctrina del agapiasticismo es la base de su visión cosmológica, que busca mediante un principio creador, conectar a los seres vivos y al universo a través de una fuerza vital, a saber, el amor (agape).

En este artículo se presentará la doctrina del agapismo de Peirce, en la cual plantea que el amor, la empatía, el altruismo y la compasión son diversas formas en que los seres vivos y el universo evolucionan en un complejo proceso de interconexión. Se buscará defender que la idea del amor, encarnada en el agapismo Peirciano, opera en la vida

* El presente artículo es producto de las reflexiones e investigaciones que ha realizado el autor en torno al diálogo entre la filosofía peirceana y la psicología. Citar como: Gómez, A. (2018). De la cosmología peirceana a la evolución social. Reflexiones sobre el agapismo y los hábitos sociales en sentido evolutivo. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 39(118), 37-58. DOI: <https://doi.org/10.15332/10.15332/s0120-8462.2018.0118.02>.

** Docente e investigador adscrito al programa de psicología de la Universidad Católica Luis Amigó. Psicólogo, Universidad de Manizales. Especialista en Adicciones, Universidad Católica Luis Amigó. Magíster en Educación, UNINI. Candidato a magíster en filosofía, Universidad de Caldas. Correo electrónico: anyerspn.gomezta@amigo.edu.co

social y es la base sobre la cual es posible la convivencia y el sentido de comunidad entre seres humanos, sin la cual no es posible la evolución ni el progreso social. Finalmente, se establecerá que el sentido de empatía y comunidad que se enraíza en la idea agapástica de Peirce se da en un continuo, en donde la educabilidad en el amor es el principio sobre el cual se debe edificar la sociedad, y en este sentido, el trasfondo filosófico no es una teoría lógica de la evolución, sino una que es tanto ética como estética.

Donde el sentido de comunidad, cooperación, mutualismo, hábito y empatía constituyen el principal potencial creativo de la vida social de los seres humanos.

Palabras clave: agapismo, evolución, hábito, creatividad, amor, Peirce, comunidad, sociedad.

Abstract

The study of the principles about evolution in life and universe (cosmos) has been one of the most pressing and controversial issues in Peirce's evolutionary philosophy. Peirce establishes the idea of Agapism and it becomes the core of evolutionary philosophy. It looks forward to connect human beings and universe through a vital strength, which is known as Love (Agape).

This article introduces the teachings from Peirce's agapism. He states that love, empathy, altruism and sympathy are diverging modes that explain how universe and human beings progress in a complex progress of interconnection. This article stands up for the idea of love, core of Peirce's agapism. It operates in social life and is the main basis of coexistence and the sense of community between human beings. Evolution and social progress are not possible without them. Finally, the sense of sympathy and community is so close to the idea of agapism where the teachings of love is fundamental to society. Based on this idea, the background of philosophy isn't a logic theory about evolution but an ethic and aesthetic one.

Keywords: Agapism, evolution, habit, creativity, love, Peirce, community, society.

Resumo

Um dos problemas mais importantes e controversos na filosofia evolutiva de Peirce tem sido o estudo dos princípios sobre os quais acontece a evolução na vida e no universo (cosmos). A doutrina do agapisticismo é a base da sua visão cosmológica, que busca mediante um princípio criador, conectar os seres vivos e ao universo através de uma força vital o amor (agape).

Neste artigo se apresentará a doutrina do agapismo de Peirce, a qual expõe que o amor, a empatia, o altruísmo e a compaixão são diversas formas nas quais os seres vivos e o universo evoluem em um complexo processo de interconexão. Se procurará defender que a ideia do amor, encarnada no agapismo Peirciano, opera na vida social e a base sobre a qual é possível a convivência e o sentido de comunidade entre os seres humanos, sem a qual não é possível a evolução nem o progresso social. Finalmente, se estabelecerá que o sentido de empatia e comunidade que se enraíza na ideia agapística de Peirce acontece em um contínuo, onde a educabilidade no amor é o princípio sobre o qual deve se edificar a sociedade, e neste sentido, o fundo filosófico não é só uma teoria lógica da evolução, senão uma que é tanto ética quanto estética.

Onde o sentido de comunidade, cooperação, mutualismo, hábito empatia constroem o principal potencial criativo da vida social dos seres humanos.

Palavras-chave: agapismo, evolução, hábito, criatividade, amor, Peirce, comunidade, sociedade.

Introducción

En contra de toda intuición de nuestra época en la cual se sostiene que la naturaleza de las cosas, tanto de la vida como el universo, debe ser examinada en términos físicos o materiales, y que explicaciones que defienden que hay fuerzas en el mundo que pertenecen a una naturaleza continua, que no es solamente física, son una especie

* Este artigo é produto das reflexões e pesquisas que tem realizado o autor sobre o diálogo entre a filosofia peirceana e a psicologia.

de misticismo filosófico, incluso, en confrontación con la tradición de mi formación científica, intentaré defender la idea de que la evolución requiere, además de ciertas bases materiales explicativas, del mutualismo, la cooperación, el sentido de comunidad, la empatía y el altruismo para lograr procesos de transformación creativa. En el sentido de Peirce (1893), se defenderá la idea de que el amor es ese agente que opera en los procesos evolutivos de la vida y el universo.

Hablar de simpatía, mutualismo, simbiosis o altruismo hacia los seres vivos y el universo, incluso, invocar el amor como explicación para el cambio y la evolución, parece ser muy usual en la psicología popular e incluso es parte de nuestros procesos simbólicos de entender las relaciones humanas; también, el amor parece ser una idea muy utilizada en ideologías teístas de diversas religiones en el mundo para explicar y enseñar el amor a Dios. Sin embargo, dichas ideas no parecen ser tomadas de manera seria en los desarrollos científicos actuales y las elucubraciones metafísicas en las que muchos filósofos caen, y no permiten, muchas veces, su reflexión en correspondencia con la experiencia, sin embargo, ¿es posible que una teoría del amor pueda jugar un rol importante en la reflexión científica y filosófica sobre la evolución?, ¿acaso las teorías neodarwinistas, neolamarckiana, incluso las epigenéticas han demostrado de manera irrefutable el desarrollo de la evolución y sus conceptos deben ser aceptados de manera unánime?, ¿acaso en la variación fortuita o el determinismo no puede estar presente la simbiosis, el mutualismo y el amor como fuente creativa de evolución colectiva? Pues ¿una teoría de la evolución en términos teleológicos no debe apuntar a explicar la evolución en términos de comunidad, sea entre las especies e incluso con el mundo que los rodea, y si se quiere una visión más amplia con el universo?

Considero que estas preguntas deben buscar asidero en la reflexión filosófica y la evidencia científica actual, y es que justamente el objetivo del presente artículo es mostrar que la propuesta peirceana sobre la evolución agapástica logra superar las polaridades entre el azar y la necesidad, de tal manera que se integran a una tercera categoría, a saber, el amor. De este modo, el azar y la necesidad son dos formas disolutas que hacen parte del amor como principio evolutivo de la vida, y de esta manera, la evolución solo es posible en conexión con el entorno y los demás seres vivos, y no en la lucha individualista como criterio biológico y social, y mucho menos, bajo estamentos deterministas en los que no es posible el cambio y la creatividad. Además, considero que la filosofía evolutiva de Peirce debe aplicarse no solo en un sentido cosmológico, sino que su vigencia radica justamente en su aplicabilidad a la

explicación de la evolución de la vida social, y de cómo Peirce considera el amor en la configuración de relaciones simpáticas con el otro.

Presentaré la teoría evolutiva de Peirce y la importancia que tiene el azar (tijismo) y la necesidad (anancasmo) en su doctrina del amor (agapismo), mostrando de este modo un proyecto filosófico que supera las nociones dualistas en la explicación de los principios evolutivos de la vida y el universo. En este proyecto filosófico, las controversias sobre el origen de las variaciones evolutivas muestran la importancia de reflexionar en torno a un marco conceptual basado en las categorías peirceanas que supere, como ya se indicó, los dualismos en los que se hallan las discusiones científicas, por un lado, el neodarwinismo, el cual defiende el papel del azar y la lucha entre las especies y, por otro lado, la idea de que las variaciones son determinadas únicamente por estamentos biológicos. Posteriormente, defenderé que el principio del amor opera no solo en la reflexión metafísica y biológica, sino que además es posible establecer, en coherencia con la idea peirceana de una filosofía científica, evidencias de cómo las relaciones simpáticas operan en la evolución humana y social. Finalmente, presentaré una reflexión sobre la vigencia de la evolución agapástica, donde el sentido de comunidad, cooperación, mutualismo, hábito y empatía constituyen el principal potencial creativo de la vida social de los seres humanos.

La filosofía evolutiva de Peirce. El agapismo como principio creador

En su primer artículo publicado en *The Monist* en 1891, Peirce desarrolla las bases de su metafísica evolutiva. Describe las 4 teorías acerca de la evolución establecidas en su época. La primera es la teoría mecanicista de Spencer, considerada por Peirce como una doctrina necesitarista y determinista en la que los principios fijos no pueden dar lugar al cambio y la espontaneidad. Las otras teorías son las de King, Darwin y Lamarck. La teoría de King, establece la relación entre la variación evolutiva y los cambios que se dan en el ambiente, y de esta manera no se podría explicar la evolución solo en términos azarosos ni mecánicos, sino en la relación entre el organismo y el entorno. Peirce no descarta esta explicación, pero tampoco la desarrolla en sus posteriores ensayos en *The Monist*. Por otro lado, la teoría de Darwin y Lamarck, si bien tienen elementos comunes, son diferentes los principios que operan en la evolución, tal distinción radica en que para Darwin la evolución es el resultado del azar y la lucha entre las especies, y para Lamarck se da mediante el efecto y la fuerza del hábito.

En su quinto y último artículo publicado en *The Monist* (1893), Peirce desarrolla su filosofía del *amor evolutivo*, y establece con mayor precisión y riqueza argumentativa su cosmología agapástica, donde se decanta finalmente por el Lamarckismo en conexión con su idea de Dios. De acuerdo a Peirce, hay tres teorías sobre la evolución, tijasmos, anancasmo y agapasmo respectivamente:

Tenemos ante nosotros, entonces, tres modos de evolución: evolución por variación fortuita, evolución por necesidad mecánica y evolución por amor creativo. Podemos denominarlos evolución tijástica, o tijasmo, evolución anancástica, o anancasmo, y evolución agapástica, o agapasmo, [...] por otro lado, las meras proposiciones de que el azar absoluto, la necesidad mecánica, y la ley del amor son respectivamente operativas en el cosmos pueden denominarse tijismo, anancismo y agapismo. (Peirce, 1893, p. 406)

De acuerdo a esto, son tres las fuerzas que operan en la evolución, el azar (tijismo), la necesidad (anancismo) y el amor (agapismo). La primera tiene sus raíces en la teoría de la evolución de Darwin, la cual plantea que el azar, la variación fortuita y la lucha entre las especies dan lugar a la variación evolutiva; la segunda es una teoría necesarista, defendida en sus inicios por Spencer; la tercera es la teoría defendida por Peirce, la cual tiene una alta influencia, como ya se indicó, de la teleología de Lamarck. De esta manera, se establecen tres categorías evolutivas: *variación fortuita* (Darwin), *necesidad mecánica* (Spencer) y *la dirección a un fin* (Lamarck).

De acuerdo a Andrade (2013), las teorías sobre la variación evolutiva han suscitado grandes controversias en cuanto a sus hipótesis, por un lado, Darwin (2001) considera que la variación es aleatoria y azarosa, descartando la posibilidad de una evolución dirigida y mecánica, de otro lado, para Lamarck (1986), la variación es dirigida en el sentido en que la evolución está orientada a fines naturales, cada vez con mayores grados de complejidad, lo cual permite el cambio según el hábito (uso o desuso). Para el neolamarckismo el hábito en términos de adaptación requiere de relaciones con el ambiente para que se dé la evolución. De esta manera, en la teoría lamarckiana existe a la vez una teoría teleológica, la cual tendrá influencia en Peirce en su cosmología evolutiva; de este modo, el agapismo está anclado a una teleología de la evolución cosmológica y de la vida, dado que no es posible desligar la teleología en Peirce con su doctrina evolutiva, así como lo plantea Acosta (2014), “es necesario entender la

relación de su teleología con el agapasticismo que incluye, asimismo, la teoría del azar o tiquismo” (p. 31).

Para Peirce, tanto el azar y la necesidad operan en el universo, sin embargo, son modos imperfectos en los que el agapismo logra integrar con mayor claridad estos principios evolutivos, de tal manera que “el tijismo y el anancismo son formas degeneradas de agapismo” (Peirce, 1893, p. 406), en el sentido en que los dos primeros son formas imperfectas que hacen parte constitutiva del agapismo, dicho de otra manera, el agapismo reconoce en el tijismo y el anancismo formas integradas de él. De acuerdo a las categorías peircianas, se podría considerar el tijismo como la primeridad, el anancismo como la segundidad y el agapismo como la terceridad. La primeridad y la segundidad son elementos que se contraponen entre sí; la terceridad es mediadora entre ellas.

Como lo plantea Peirce (1983), “el amor, reconociendo gérmenes de amabilidad en el odio, gradualmente lo acoge a la vida, y lo hace amable” (p. 398), y de este modo, lejos de un dualismo en el sentido cartesiano, se establece que estas fuerzas evolutivas versan en un continuo para que se dé la constitución de hábitos en el universo y la vida, así como lo plantea en *La ley de la mente* (1892), y posteriormente en *El amor evolutivo* (1893). El sinequismo es lo que permite que la vida y el universo puedan constituir hábitos, no de manera fija o determinada, sino mediante un curso creativo y transformador de la vida en el que el amor es una fuerza vital. La evolución agapástica es el resultado de la fuerza del hábito, pues este funciona de la misma manera que la acción del amor.

En vista de lo anterior, Peirce busca mostrar una visión de la evolución que supere el individualismo, la aniquilación de los más débiles y la avaricia como doctrina cosmológica, biológica, política y social, en el que la simpatía, la caridad, la simbiosis con los demás y con la naturaleza es el modo en que la evolución tiene su finalidad. Una evolución ticástica en la que prevalece la lucha del más fuerte, llevaría a la aniquilación de todas las especies y el predominio de una sola especie, pero la experiencia muestra que la evolución biológica produjo complejidad y diversidad.

En el agapismo tiene cabida tanto el azar como la necesidad, como una fuerza que las sintetiza y las supera. Al respecto, Acosta (2014) plantea que “the general ideal of evolution and the general ideal of happiness are ideas, and ideas are living feelings in constant and continuous growing through chance, habits, and love” (p. 40).

El amor en el sentido de *ágape* se establece entre el hombre y Dios, sin que esto signifique una idea de culto ideológico. Para Peirce, Dios está anclado a la idea de naturaleza, y en este aspecto, su agapismo es panteísta y monista abierto (al ser panteísta y monista no hay división entre Dios y el universo), en el que la libertad tiene un lugar preponderante que media entre el azar y la necesidad. El trasfondo de la metafísica evolutiva de Peirce es la idea de una relación creadora con el universo para que la evolución tenga lugar, de la misma forma en que los seres humanos se relacionan con la idea de amor y felicidad mediante acciones particulares que forman hábitos en términos de pensamientos, emociones y acciones conjuntas. De este modo, el amor es una fuerza unificadora por la atracción simpática que no opera solamente en sentido cosmológico sino también biológico, social, económico y político. El amor, al igual que los hábitos, tienden a extenderse entre los seres humanos, de tal manera que los sentimientos de empatía, altruismo y caridad constituyen propósitos que son tanto éticos como estéticos.

Hacia una reflexión social en el sentido de comunidad y empatía. Una idea encarnada en el ágape Peirciano

Con estas ideas presentadas sobre el proyecto evolutivo de Peirce, intentaré sostener que el principio del amor opera en la evolución y el progreso social, y en la medida en que se instauren hábitos en sentido de *ágape* en las relaciones humanas se configuran ideales éticos y estéticos. De esta manera, la evolución social y humana no se explican meramente mediante determinismos biológicos, ni principios individualistas de competitividad salvaje, y mucho menos el azar puede responder a las complejidades de la vida social. El agapismo en sentido teleológico configura hábitos sociales que posibilitan el sentido de comunidad y civilización. Ideas basadas en el altruismo, el sentido de comunidad y simpatía se traducen en acciones, y estas en hábitos que son tanto lógicos, éticos y estéticos, es decir, formas de pensar, actuar y sentir basadas en el altruismo y la simpatía que son a la vez éticos y estéticos. El pensamiento en Peirce no se debe entender solo en sentido racional o lógico, sino también en sus implicaciones pragmáticas, sensitivas y emocionales.

Sin embargo, ¿cómo puede el amor operar en la realidad social? ¿Qué fuerzas operan para que se establezca, según Peirce, una idea de empatía entre seres humanos que logre integrar (y superar) de manera creadora lo que llama el evangelio de la avaricia? ¿Es acaso el amor una fuerza que puede ser educable y por tanto alcanzar un

ideal tanto ético como estético? Estas son alguna de las preguntas que orientarán las reflexiones subsecuentes.

Para Peirce, una de las razones por las que se dio la aceptación de la teoría darwinista en la comunidad científica es porque las ideas evolutivas encarnadas en el individualismo, la supervivencia del más apto y la lucha entre especies operaban en la economía política de finales del siglo XIX, en lo que Peirce denominó una filosofía de la avaricia.

La recepción extraordinariamente favorable [de la teoría darwinista] con la que se encontró era evidentemente debida, en gran medida, a que sus ideas eran aquellas hacia las que la época estaba favorablemente dispuesta, especialmente a causa del estímulo que daba a la filosofía de la avaricia. (Peirce, 1893, p. 403)

La crítica que realiza Peirce es en doble sentido, por un lado, a la economía política del siglo XIX y sus ideas utilitaristas e individualistas, en las que la aviaria es la base de la evolución humana, y por otro lado, el rechazo a la aplicación de las ideas de Darwin a la economía política, en la que la lucha por la supervivencia y el egoísmo recaigan en el plano social, en últimas, es una crítica a un darwinismo social. De acuerdo a Anderson (2016), “Peirce distinguished between the “gospel of greed” and the “gospel of love.” The first is the dysfunctional gospel of unchecked capitalism with its bastard account of the ultimate good” (p. 183). El discurso económico-político ha enaltecido la función que tiene el individualismo y la competitividad en la vida social, sin embargo, dicho evangelio, el de la avaricia, lleva a la exclusión, el egoísmo y la inequidad, ¿acaso el progreso social y humano se da mediante la avaricia y lo que esto representa como habito?

La gran atención prestada a las cuestiones económicas durante nuestro siglo ha suscitado una exageración de los efectos beneficiosos de la avaricia y de los desafortunados resultados del sentimiento, hasta el punto que ha desembocado en una filosofía que llega sin querer a esto: a que la avaricia es el gran agente de la elevación de la raza humana y de la evolución del universo, [...] la convicción del siglo XIX es que el progreso tiene lugar en virtud de que todo individuo lucha por sí mismo con toda sus fuerzas, y pisa a su vecino siempre que tiene oportunidad de hacerlo. Esto podría llamarse, acertadamente, el evangelio de la avaricia. (Peirce, 1893, pp. 398-401)

Para Peirce, el evangelio de la avaricia se halla como una forma imperfecta y malentendida del amor, en la medida en que no puede haber evolución en la deshonestidad, el individualismo, el odio; en otras palabras, el evangelio de la avaricia es incapaz de construir un sentido de comunidad y un ideal de vida bueno entre los seres humanos. Para Stewart (1991), la ciencia y la sociedad se configuran de manera cooperativa, pues es en la idea de comunidad donde se da la solución de problemas, el progreso social y científico y de esta manera el reconocimiento del vínculo con los demás es la base de todo progreso social.

De acuerdo a Frontodona (1996), la crítica y rechazo de Peirce hacia la filosofía de la avaricia reside en una dimensión ética, en la que reflexiona sobre el ideal al cual deben ir dirigidas las acciones. Su crítica a la filosofía de la avaricia y su defensa a una filosofía del amor se ancla a sus ciencias normativas (Peirce, 1903), a saber, la ética (*summum bonum*) y la estética (*admirable per se*). Tanto la ética como la estética son fines orientados a un ideal de la acción humana, y de la que depende también la lógica (Anderson, 2005). El amor es la única fuerza que conecta con lo ético y lo estético, lo bueno y lo bello. Los hábitos son formas de razonamiento y acción que están sujetos a consideraciones éticas y estéticas en las que es necesario el autocontrol. Este punto lo ilustra Peirce de la siguiente manera:

Un razonador lógico es el razonador que ejerce mucho autocontrol en sus operaciones intelectuales, y por tanto lo lógicamente bueno es simplemente una especie particular de lo moralmente bueno [...]. Por esa razón sigo dudando un poco de si hay alguna verdadera ciencia normativa de lo bello. Por otro lado, un fin último de la acción, deliberadamente adoptado –es decir, razonablemente adoptado– tiene que ser un estado de cosas que se recomiende a sí mismo en sí mismo razonablemente, al margen de cualquier consideración ulterior. Tiene que ser un ideal admirable, que tenga la única clase de bondad que un ideal tal puede tener, a saber, bondad estética. Desde este punto de vista, lo moralmente bueno aparece como una especie particular de lo estéticamente bueno. (Peirce, 1903, p. 266)

De este modo, el agapismo y la formación de hábitos tiene un anclaje a las ciencias normativas, y en este sentido, la filosofía evolutiva del amor con implicaciones éticas y estéticas no es del todo una metafísica extraña, ni tampoco un estado material como lo es un objeto u órgano del cuerpo, sino que es una fuerza creativa que nace

en la experiencia humana y la colectividad, y es allí donde las razones, acciones y emociones encarnadas en el amor que se dan entre los seres humanos dan lugar a lo bueno, lo correcto y lo honesto, de la misma manera que da lugar a lo bello. Bajo estos preceptos estéticos y éticos se dan formas de organización y evolución social basadas en la simpatía y el altruismo, y de este modo, considero que la idea del amor como criterio evolutivo social debe considerarse en la reflexión filosófica y científica de manera abierta y sin determinismos ontológicos o ideológicos. El amor es una expresión fenoménica en la que los seres humanos alcanzan procesos de transformación creativa de sí mismos, los demás y su entorno.

De acuerdo a lo anterior, se puede considerar que el amor opera en la realidad social mediante hábitos enraizados en las ideas y las acciones humanas, se expresan en el beneficio de los demás, sea mediante actos de simpatía, altruismo o caridad. La fuerza que logra superar la avaricia al amor, sin embargo, no se explica meramente en la casualidad ni en los condicionamientos de la vida en comunidad, tampoco únicamente en el examen de las cargas genéticas o los patrones conductuales heredados, que si bien no se está negando su operatividad o evidencia en la organización social y la evolución, no parecen ser suficientes para dar respuesta a los complejos hábitos de mutualismo, simpatía y compasión que pueden darse entre los seres humanos. Por el contrario, la integración se da mediante la posibilidad de libertad y autocontrol del hábito, en últimas, la capacidad de elección y la posibilidad de educar el autocontrol. Pero, ¿cómo entender estos hábitos de mutualismo y simpatía en la evolución social? ¿Cómo se da la relación con la idea de libertad y autocontrol?

La primera pregunta aboga por la necesidad de plantear, en coherencia con Peirce, una filosofía científica, en la que la reflexión encuentre asidero en la experiencia; dicho de otro modo, poder explicar, basados en la experiencia y la evidencia, la función que tiene el mutualismo, la compasión y la simpatía en la organización y evolución social, para lo cual es necesario hallar en la biología, la antropología, la psicología y demás ciencias humanas, razones y evidencias que permitan ubicar el amor como un criterio plausible en la evolución social. La segunda pregunta parece estar encaminada a la posibilidad de que el autocontrol y la libertad en la vida social sean educables, sin embargo, de ser así, es necesario reflexionar sobre el tipo de educación que permita la adquisición de hábitos basados en el amor.

Sobre el estudio del altruismo, el mutualismo y la simpatía como criterio evolutivo en la biología, la psicología y la antropología cultural

Este apartado no tiene la intención de presentar con detalle cada una de las teorías de estas áreas del saber científico acerca de las características del amor como criterio evolutivo, pues esta tarea resultaría sumamente agotadora para los fines de este artículo. Por el contrario, intentaré dar razones de la vigencia de la filosofía evolutiva de Peirce en la reflexión científica actual sobre los procesos de evolución.

En el campo de la neurociencia social, diversos investigadores defienden la hipótesis de que “uno de los factores principales que ha guiado la evolución del hombre es la vida en sociedad y la consecuente necesidad de manejar relaciones sociales cada vez más complejas” (Cañabate, 2014, p. 694), a tal punto que la experiencia en comunidad ha tenido injerencias evolutivas en el desarrollo de estructuras y funciones cerebrales relacionadas con la empatía y el altruismo, lo cual permite establecer vínculos con el otro basados en el reconocimiento de sus deseos, emociones y necesidades. En el campo de la neurociencia social, especialmente los estudios en neuronas en espejo, cognición social, teoría de la mente y empatía, han presentado evidencia de que la evolución ha dotado al ser humano de estructuras y áreas cerebrales/neurales funcionales que les permite reconocer emociones y estados mentales en los demás, a tal punto que la vivencia en comunidad es un elemento clave en el desarrollo de la especie y el progreso social y que, de alguna manera, el altruismo, la compasión y la empatía no es solo una experiencia humana nacida del azar, sino que hace parte de un complejo proceso en el que la evolución, la experiencia en comunidad y la educabilidad de las interacciones humanas han permeado el desarrollo de las estructuras mismas de lo que puede llamarse humanidad.

De esta manera, la evolución humana se ha dado en contextos relacionales y no individuales, en donde el mutualismo y la cooperación tienen una función evolutiva y adaptativa, favoreciendo procesos de transformación anatómica y funcional del cerebro que se refleja en la capacidad de empatizar, cooperar y convivir en marcos culturales determinados. La teoría del cerebro social propuesta por el antropólogo Dunbar (Dunbar y Shultz, 2007), considera que la vida en sociedad ha ofrecido grandes ventajas evolutivas, entre ellas, la búsqueda de recursos y la protección del grupo, así mismo, como especie humana favoreció la evolución cerebral, es decir, el desarrollo de un

cerebro social conectado a la capacidad de ser empáticos, inferir estados emocionales en los demás, ser cooperativos y altruistas.

De otro lado, Trivers (2002), Santos y Szathmáry (2008), consideran que la evolución se ha dado mediante procesos cooperativos entre las especies, lo cual se ha demostrado en diversos estudios etológicos con abejas, peces, primates y otros animales considerados sociales. De igual forma, la sociobiología propuesta por Wilson (1980), considera que la cooperación y el altruismo tanto entre especies como en comunidades humanas han desempeñado un papel fundamental en la evolución. Esta perspectiva busca superar los vacíos en la teoría darwinista para explicar la evolución en términos individualistas, de esta manera surgen nuevas teorías científicas que se enfocan en la función de la conducta social altruista. En su libro *The Social Conquest of Earth* (2012), Wilson explica una teoría de la evolución en la que la conducta social da lugar a formas de organización que permiten la supervivencia y la evolución en términos filogenético y ontogenético. El autor expone la teoría de la eusocialidad que se da en algunos animales, donde el cuidado de las crías es un criterio de supervivencia y evolución. La sociobiología reconoce que sin bien la selección natural actúa generalmente sobre el individuo y no en el grupo, la transmisión genética de la variación evolutiva por selección natural requiere de la conducta social altruista del grupo para que se dé, sin embargo, en grupos humanos el comportamiento altruista debe ser compartido por la comunidad para establecerse un criterio de *superioridad* del grupo cooperante sobre el que no lo es.

De otro lado, en el campo de la psicología cognitivo social se ha venido investigando en las últimas décadas el desarrollo y función de la conducta prosocial en los seres humanos, siendo la empatía, el altruismo y la cooperación constructos que han tomado mayor importancia sobre la función de la agresividad y la conducta antisocial en la estructura social (Batson y Powell, 2003). La conducta prosocial es una categoría de diversas acepciones en psicología. A nivel general, la conducta prosocial es un comportamiento social positivo basado en la intención de beneficiar o ayudar a otras personas. Está dirigida a brindar apoyo físico y emocional, cuidar y proteger a otras personas, cooperar socialmente, tomar en cuenta la perspectiva de los demás, intercambiar lenguajes afectivos, brindar asistencia, entre otros, lo cual produce consecuencias sociales positivas (Dovidio, Piliavin, Schroeder y Penner, 2006; Martí, 2010).

La explicación de la prosocialidad en términos evolutivos ha girado en torno al debate entre las teorías biológicas y ambientales, las cuales se ubican como objeto de investigación científica en psicología. La controversia sobre las disposiciones biológicas

a la prosocialidad y los procesos de crianza y aprendizaje social, continúan siendo objeto de revisión teórica. Por un lado, se explica que la conducta prosocial y el altruismo tienen valor evolucionista para la supervivencia de la especie, siendo la cooperación, la reciprocidad y el mutualismo condiciones biológicas para la prosocialidad, como consideran algunos psicólogos sociales evolucionistas y sociobiólogos (Buss y Kenrick, 1998; Buss y Reeve, 2003; Stevens, Cushman y Hauser, 2005; Dugatkin, 2007). De otro lado, están las explicaciones de naturaleza ambiental relacionadas con el aprendizaje social, la crianza, la socialización, la exposición a modelos de comportamiento para explicar la conducta prosocial y su importancia para la vida social (Bandura y Walters, 1990).

A la cuestión de si la empatía y la prosocialidad es disposicional o social (aprendido) no tendría mucho sentido si se reflexiona desde la óptica de las categorías peirceanas, la cual buscar superar este tipo de dualismos, sin embargo, el punto a resaltar es el reconocimiento de ciertas categorías psicológicas, sociales y biológicas que se entrecruzan para defender una base científica del sentido de comunidad diferente a lo que Peirce cataloga como la avaricia en sentido evolutivo.

Lo que se quiere ilustrar en este pequeño esbozo es que las teorías científicas actuales en diversos campos del saber, en comparación con las disponibles en la época de Peirce, reconocen el papel fundamental del mutualismo, la cooperación, el altruismo y la empatía en la explicación de la evolución biológica y social tanto de las especies como del ser humano. Tanto las explicaciones biológicas como ambientales planteadas por la psicología, la sociobiología y la antropología ubican la importancia y relevancia del pensamiento peirciano en diversos aspectos:

1. La importancia de una filosofía científica en la que la reflexión filosófica esté en coherencia con la experiencia y la vida. Considerar teorías de la evolución en la que el altruismo hace parte de la explicación científica en diversos campos disciplinares, permite ubicar la idea del amor como principio de vida y de la experiencia humana en concordancia al proyecto peirciano de una filosofía científica.
2. La necesidad de superar los dualismos y las dicotomías en la explicación de la evolución, por un lado, entre el azar y la necesidad, o por el otro, entre los determinismos biológicos y los factores ambientales y contextuales, pues tanto el uno como el otro no son fuerzas contrarias sino integrativas entre sí. De acuerdo a las categorías peircianas, tanto el determinismo biológico (primeridad) como los

factores ambientales (segundidad) pueden estar conectados a una fuerza creativa y en crecimiento que permite la convivencia, a saber, el hábito agapástico (terceridad). Este punto pone el acento en la importancia de las categorías peircianas, no solo para una filosofía de la evolución sino también para la articulación de las diferentes ciencias. Peirce, en su artículo *La arquitectura de las teorías*, esboza una filosofía evolutiva en la que las categorías son necesarias para organizar el examen de las diferentes ciencias:

Tres concepciones aparecen perpetuamente en todo punto de toda teoría de la lógica, y en los sistemas más redondeados ocurren en conexión una con otra. Son concepciones tan amplias, y en consecuencia tan indefinidas, que son difíciles de aprehender y pueden pasar fácilmente desapercibidas. Las llamo las concepciones de primero, segundo, tercero. Primero es la concepción de ser o existir independientemente de cualquier otra cosa. Segundo es la concepción de ser relativo a la concepción de reacción con alguna otra cosa. Tercero es la concepción de mediación, por la que un primero y un segundo se ponen en relación. Para ilustrar estas ideas mostraré cómo entran en aquellas que hemos estado considerando. El origen de las cosas, considerado no como conducente a algo más, sino en sí mismo, contiene la idea de primero; el fin de las cosas, la de segundo; y el proceso que media entre ellos, la de tercero [...]. La idea de lo múltiple, dado que la variedad es la arbitrariedad y la arbitrariedad es el rechazo de cualquier segundidad, tiene como componente principal la concepción de primero. En la psicología la sensación es primero, el sentido de reacción es segundo y la concepción general tercero, o mediación. En la biología la idea de variación arbitraria es primero, la herencia es segundo y el proceso mediante el que llegan a fijarse los caracteres accidentales es tercero. El azar es primero, la ley segundo y la tendencia a adquirir hábitos es tercero. La mente es primero, la materia es segundo, la evolución es tercero. (Peirce, 1891, p. 342)

Estas categorías son funcionales no solo para integrar la biología y la neurociencia social, la psicología evolucionista y la antropología en la explicación de la evolución humana y social, sino que sirven de estructura para superar los dualismos y dicotomías en los que constantemente cae una teoría científica con relación a otra. Encontrar las relaciones o mediaciones (terceridades) de principios en apariencia contrarios (primeridades y segundidades) es un terreno fértil para la ciencia que

debe, con mayor esfuerzo, ser cultivado en desarrollo del pensamiento científico y filosófico contemporáneo.

3. Una filosofía del amor en el trasfondo de una ciencia de la evolución humana se hace necesaria en un contexto social donde la avaricia y el egoísmo como criterio científico, político y económico ha tomado fuerza en la proliferación de ideales de competitividad salvaje, dado que muchas de las denuncias de Peirce en su artículo *El amor evolutivo* con relación a un evangelio de la avaricia parece prevalecer en nuestra época. En palabras de Peirce, “la avaricia es el gran agente de la elevación de la raza humana y de la evolución del universo” (1893, p. 398). Por este motivo, el reconocimiento del altruismo como criterio evolucionista de la ciencia permite trazar un camino en el que se pueda enaltecer la vida en comunidad basada en el ágape sobre los principios del egoísmo, el individualismo y la supervivencia social.

4. La evolución es un proceso en donde las relaciones simpáticas tienen un papel fundamental en la configuración de hábitos, de los más simples a los más complejos, tal y como han mostrado diversas teorías científicas actuales que he mencionado de la manera rústica en párrafos anteriores. Tanto el anclaje biológico como el ambiental en la explicación de la evolución implica la configuración de hábitos basados en la cooperación y el amor. En su texto *¿Por qué estudiar lógica?* (c1902) Peirce define el hábito de la siguiente manera:

Un hábito no es una afección de la consciencia, es una ley general de la acción, tal que, en un cierto tipo general de ocasión, un hombre estará más o menos inclinado a actuar de un cierto modo general, [...] es un principio general que actúa en la naturaleza del hombre para determinar cómo actuará. (p. 347)

Para Peirce, el amor (agapismo) es la base sobre la cual es posible la evolución del pensamiento y el cosmos a través de la formación de leyes generales de acción (hábitos). Como lo plantea Peirce (1893) en *El amor evolutivo*:

El desarrollo agapástico del pensamiento es la adopción de ciertas tendencias mentales, no de manera completamente descuidada como en el ticismo, ni dejándose cegar completamente por la mera fuerza de las circunstancias o de la lógica como en el anancismo, sino por una atracción inmediata hacia la

idea misma, cuya naturaleza se adivina antes de que la mente la posea por el poder de la simpatía, es decir, en virtud de la continuidad de la mente. (p. 408)

En este sentido, el crecimiento y la evolución social y humana se da mediante la formación de hábitos impulsados por el amor. El hábito basado en el amor es tanto de pensamiento, sentimiento y acción que permea la vida y evolución social. El amor por los demás y la naturaleza debe considerarse una conquista y un ideal de comunidad, por tal motivo, como ya se indicó, la teleología implicada en el amor evolutivo es tanto ética como estética. Los ideales del egoísmo, encarnados en muchas de las ideologías políticas, económicas y sociales actuales, están en contravía a la evolución en sentido agapástico, y dicho ideal no es ni ético ni estético, pues lo bueno y lo bello se da en los actos de transformación humana que solo bajo el sentido de comunidad y empatía se pueden dar. Nada que no esté instaurado en el amor puede tener un fin transformador creativo en sí mismo y el otro.

Volviendo al segundo interrogante planteado al final del apartado anterior, sobre la importancia del autocontrol en la formación del hábito agapástico en la evolución social, considero que las bases de una psicología cognitiva social dan cuenta de la posibilidad de que el hábito enraizado en el amor, más que tener una explicación únicamente biológica (azarosa o necesarista), se construye también en los procesos de aprendizaje del ser humano que se da en las relaciones con los demás. Con base a este último punto quisiera afirmar que el autocontrol para la formación de hábitos requiere de una educación para el amor, o en sentido más amplio, una educación simpática y altruista.

Algunas ideas sobre una educabilidad inspirada en el amor

En este apartado quisiera defender que la formación de hábitos en sentido de ágape no se agota en la explicación biológica evolutiva, sea en términos de azar o necesidad, sino que requiere de una educación orientada a la autorregulación (autocontrol del pensamiento, la emoción y la acción) y el desarrollo de la creatividad en los seres humanos. El amor del ágape es educable, y dicha educación, por medio de la abducción, favorece el desarrollo de la mente en conexión con la experiencia. En este sentido, pensar una educación creativa guiada por el amor requiere superar los determinismos basados en la instrucción, el adoctrinamiento o el saber meramente técnico a

uno que permita integrar lo racional con lo emocional, lo lógico con lo ético y lo estético, pues una educación basada en una razón instrumental no es facultativa de la imaginación, la espontaneidad, la emocionalidad ni la creatividad, dado que para Peirce, la creatividad radica en el ágape, el cual es solidario, honesto, cooperativo y creativo (Peirce, 1903b, 1893). Para Barrena (2008):

La educación tendrá por tanto una importancia fundamental para desarrollar todas las capacidades y lograr la razonabilidad, pero ha de tratarse de una educación “no-racionalista”, es decir, que tenga en cuenta todos los aspectos del ser humano y todas sus instancias. La educación desde esta perspectiva no puede ser una mera acumulación de conocimientos y cogniciones; no puede ser un mero preocuparse de la razón dejando de lado sentimientos, instintos e imaginación, sino que habrá de tener muy en cuenta esas dimensiones en cuanto que están relacionadas con la razón y pueden por tanto ser susceptibles de desarrollo. (p. 28)

Una educación para la formación del hábito en sentido de ágape en los seres humanos debe ser, en coherencia con las ciencias normativas de Peirce, tanto lógica, ética y estética en el que se articule el pensamiento, la emoción y la acción humana, pues de otro modo no sería posible un ideal de comunidad en el que el ágape tenga valor evolutivo, y caería en adoctrinamientos del hábito y acciones orientadas a ideales ajenos en los que generalmente prevalece cierto tipo de filosofía implícita del egoísmo y el instrumentalismo moral.

Si se aplica el ágape peirciano al campo de la educación, considero que la simpatía, el altruismo, la compasión y la cooperación entre los seres humanos requieren de estas categorías. Por un lado, importante considerar que lo razonablemente bueno es también lo éticamente bueno y lo estéticamente bello, y en este sentido, toda enseñanza debe estar articulada tanto a la abducción como a las ciencias normativas. De otro lado, en *La fijación de la creencia*, Peirce explica que las creencias constituyen hábitos, sin embargo, no son solamente de tipo lógico, pues están ligadas a las emociones y las acciones; de este modo, educar el hábito del amor requiere de una inteligencia no solo lógica sino sentiente en el que las acciones humanas estén orientadas al ágape, la teleología implicada en este tipo de educación está orientada a la evolución de la mente, la creatividad y la continuidad de la convivencia social.

De acuerdo a lo planteado hasta ahora, quisiera finalizar diciendo que una educación que posibilite criterios de evolución social, ha de inculcar una conciencia del otro, que posibilite dimensionar la afectación que tienen los pensamientos, sentimientos y acciones en los demás. Superar el individualismo como criterio pedagógico y propender por una educación en y para el reconocimiento de la otredad en el que el ágape sea la base de los hábitos humanos. La educación en estos términos debe incluir una conciencia del mundo, no solo del hombre sino también de la naturaleza y los seres sentientes que la habitan.

La vigencia del pensamiento peirciano radica en la importancia de una filosofía de la transparencia y la honestidad aplicada también a la educación, buscando superar muchas posiciones en las que el egoísmo, la fragmentación de la mente, el instrumentalismo, el individualismo y la competitividad permea las formas en que el currículo, de manera oculta, imposibilita otras formas de alteridad en el que la creatividad, el autocontrol y el amor no pueden desarrollarse libremente.

Referencias

- Acosta, J. (2014, jul-dec). Peirce's philosophical project from chance to evolutionary love. *Discusiones Filosóficas*, 31-41.
- Anderson, D. (2005). Peirce and the art of reasoning. *Studies in Philosophy and Education*, 24, 277-289. doi: 10.1007/s11217-005-3849-9
- Anderson, D. (2016, jul-dec). Peirce's lost community of Firstness. A comunidade da Primeiridade perdida de Peirce. *Cognitio, São Paulo*, 17(2), 181-192.
- Andrade, E. (2013, julio-diciembre). La filosofía de Peirce y su aplicación al problema del origen de las innovaciones evolutivas. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 13(27), 7-42. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41431644001>
- Bandura, A., y Walters, R. (1990). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Espasa.
- Ballabio, A. (2014). *Percepción, abducción y creatividad en C. S. Peirce*. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 35(111), 91-107.

- Barrena, S. (2008). Charles S. Peirce: razón creativa y educación. *Utopía y praxis Latinoamericana*, 13(40), 11-37. Recuperado de http://www.scielo.org/ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162008000100002&lng=es&tlng=es
- Batson, C. D., & Powell, A. (2003). Altruism and prosocial behavior. En M. Theodore and L. Melvin (Eds.). *Handbook of Psychology: Personality and Social Psychology*, (5). New York: John Wiley & Sons, Inc. XIX.
- Buss, D. M., & Kenrick, D. T. (1998). Evolutionary Social Psychology. In D. T. Gilbert., S. T. Fiske & G. Lindzey (Eds.). *The Handbook of Social Psychology, E the D., 2*, 982-1026. New York: McGraw-Hill.
- Buss, D. M., & Reeve, H. K. (2003). Evolutionary Psychology and Developmental Dynamics: Comment on Lickliter and Honeycutt. *Psychological Bulletin*, 129, 848-853.
- Cañabate, C. (2014). Cognición social. En D. Redolar (Comp). *Neurociencia cognitiva*, 693-716. Madrid: Medica Panamericana.
- Darwin, C. (2001). *El origen de las especies*. Barcelona: Edicomunicación.
- Dovidio, J. F., Piliavin, J. A., Schroeder, D. A., & Penner, L. A. (2006). *The social psychology of prosocial behavior*. Mahwah: Erlbaum.
- Dugatkin, L. A. (2007). *Qué es el altruismo. La búsqueda científica de la generosidad*. Madrid: Katz Editores.
- Dunbar, R. M., & Shultz, S. (2007, sep). Evolution of the social brain. *Science*, 317(5843), 1344-1347.
- Fontrodona, J. (1996). El 'evangelio de la avaricia': Peirce y la dirección de empresas. *Anuario Filosófico*, (29), 1369-1382. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10171/542>
- García, C. A. (2014). *La herencia pragmática de Gottlob Frege y Charles Sanders Peirce*. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 35(111), 165-179.
- Martí, M. (2010). *Razonamiento moral y prosocialidad. Fundamentos*. Madrid: Editorial Ccs.
- Lamarck, J. B. (1986). *Filosofía zoológica*. Alta Fulla. Barcelona.

- Peirce, C. S. (1877). La fijación de la creencia. En N. Houser y C. Kloesel (Eds.). *Obra filosófica reunida: Charles Sanders Peirce. Tomo I (1867-1893)*, (pp. 157-171). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. S. (1891). La arquitectura de las teorías. En N. Houser y C. Kloesel (Eds.). *Obra filosófica reunida: Charles Sanders Peirce. Tomo I (1867-1893)*, (pp. 331-343). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. S. (1892). La ley de la mente. En N. Houser y C. Kloesel (Eds.). *Obra filosófica reunida: Charles Sanders Peirce. Tomo I (1867-1893)*, (pp. 357-378). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. S. (1893). Amor evolutivo. En N. Houser y C. Kloesel (Eds.). *Obra filosófica reunida: Charles Sanders Peirce. Tomo I (1867-1893)*, (pp. 396-416). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. S. (1902). *¿Por qué estudiar lógica? Traducción castellana y notas de José Vericat. En Charles S. Peirce. El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, J. Vericat (tr., intr. y notas), Crítica, Barcelona, 1988, pp. 332-391. "Why Study Logic?" corresponde a CP 2. 119-202.
- Peirce, C. S. (1903). Las tres ciencias normativas (conferencia). En N. Houser y C. Kloesel (Eds.). *Obra filosófica reunida: Charles Sanders Peirce. Tomo II (1893-1913)*, (pp. 261-274). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. S. (1903b). *Cómo teorizar (sobre la selección de hipótesis)*. En S. Barrera (Trad.). Original en: MS 475.
- Santos, M., & Szathmáry, E. (2008). Genetic hitchhiking can promote the initial spread of strong altruism. *BMC Evolutionary Biology*, 8, 281.
- Stevens, J. R., Cushman, F. A., & Hauser, M. D. (2005). Evolving the Psychological Mechanisms for Cooperation. *Annual Review of Ecology, Evolution and Systematics*, 36, 499-518.
- Stewart, W. C. (1991). Social and Economic Aspects of Peirce's Conception of Science. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, (27), 4.
- Trivers, R. (2002). *Natural selection and social theory*. New York: Oxford University Press.

Wilson, E. O. (1980). *Sociobiología. La nueva síntesis*. Barcelona: Omega.

Wilson, E. O. (2012). *The Social Conquest of Earth*. New York: Liveright.

